

CUARTA SECCIÓN  
SEGURIDAD HUMANA, PARTICIPACIÓN CIUDADANA  
Y COHESIÓN SOCIAL



## EL DESAMPARO DE LO HUMANO: LA VIOLENCIA COMO PROBLEMA DE SALUD PÚBLICA

JOSÉ LUIS CISNEROS\*

*La indignación y la miseria privan de todo valor, embrutecen las almas, las acomodan al sufrimiento y a la esclavitud y las oprimen hasta el punto de privarlas de toda energía para sacudir el yugo.*

Tomás Moro

A nadie le queda duda que la realidad que vivimos en México se encuentra mediada por la violencia social. Sobre todo porque en las últimos tres décadas los mexicanos hemos sido testigos de una condición de violencia inusitada, que entre otros efectos ha desencadenado un deterioro en la condición de salud de la población, principalmente por los efectos que trae consigo la violencia vinculada a los llamados delitos de alto impacto: homicidios, secuestros, trata de personas y desapariciones. Sin embargo la cuestión aquí sería preguntarnos *¿cómo es que esta condición de violencia se vincula con la salud de los mexicanos?* y sobre todo, *¿cómo explicamos sus consecuencias en la pérdida del sentido y el desamparo de lo humano?*

Primero subrayaremos que algunos de los rasgos que marcaron el inicio del presente siglo, no sólo han sido las grandes transformaciones políticas que vivió nuestro país en lo económico, lo político y lo social. Estas profundas transformaciones no sólo nos han cambiado la visión del mundo, también han trastocado nuestras relaciones sociales y nuestra cotidianidad. Algunos en buena medida han sido el resultado de los efectos que trae consigo la globalización, otros son el resultado de los conflictos sociales que hemos vivido en nuestro país, particularmente los enfrentamientos entre los grupos del crimen organizado y las fuerzas policiales y del ejército, que ha mo-

\* UAM-Xochimilco.

tivado expresiones particulares de violencia, que han sido cuestionadas por las constantes violaciones de los derechos humanos. Por otro, la falta de sensibilidad y cálculo político, aparejados a los cambios económicos en el ámbito internacional, han motivado la pérdida del trabajo en muchos sectores de la sociedad, los paupérrimos salarios, la falta de vivienda, salud, educación y justicia.

Estas condiciones han creado tanto diferentes aprendizajes, como experiencias y vivencias que se han instalado en la memoria de la colectividad, y no sólo han afectado su condición de bienestar social, también han causado severas condiciones de salud emocional, son digamos así, tiempos de difícil comprensión, donde la esperanza, la confianza, los anhelos de justicia, se encuentran clausurados. Son tiempos de profundo pesimismo, donde la realidad social se piensa sólo en la inmediatez, como consecuencia de la pérdida de la esperanza, de la falta de credibilidad para con nuestras instituciones, y como efecto de la desilusión de un Estado que en principio debería velar por la seguridad integral de sus ciudadanos.

En este sentido el bienestar social y las fronteras de seguridad; moral, psicológica, emocional, económicas y de salud, se han vuelto difusas, endebles y de escaso soporte para los sujetos, sumados a una profunda desigualdad y pobreza, que por si fuera poco, se ve atravesada por el conflicto del narcotráfico y los altos índices de criminalidad. En este marco, las expresiones de extrema violencia que se han mostrado transgreden las fronteras de los derechos civiles y sociales con sus actos, provocando no sólo un sentimiento de inseguridad, sino un profundo miedo que se deposita en el otro, en el extraño, en el ajeno, en el diferente. El miedo social al otro, en tanto construcción subjetiva, despliega una condición de estrés e incertidumbre, al grado que produce angustia y delirios de persecución, y violencia. Así, la violencia y el miedo a lo largo del tiempo, han tenido diferentes formas de expresión en la cultura humana, y en todas estas, el miedo y la violencia, han formado de manera regular parte de la vida cotidiana de los sujetos.

En consecuencia, la violencia ha sido vista como promotora de miedo y constitutiva de lo humano, en tanto que en su propia historicidad, se ha expresado de maneras diferentes, y cada una de ellas, dan cuenta de su propia naturaleza social: homicidios, violaciones, secuestros, robo, intimidación, conflictos en la pareja, la familia, el trabajo y violencia política y estructural. Es una violencia que se muestra de manera diversa, pero entre cruzada con el miedo, un miedo que se vive en la práctica cotidiana y que se acrecienta conforme se multiplica la violencia.

La violencia que hoy se vive, no sólo es el resultado de la intolerancia, también es promovida por sentimientos de desconfianza, y en ellos la violencia se transporta y se sostiene como una idea difundida y mantenida en el

imaginario social, es algo así como una idea o imagen que nos rodea, de todo aquello que llamamos violencia. Esta imagen se sostiene gracias a los medios de comunicación de masas, que difunden y crean enemigos, y enaltecen acontecimientos noticiosos que abonan al temor, infunden rumores y crean masivamente un mundo ilegible, cuya práctica social se sostiene por la violencia singular, una violencia que en muchos casos no tiene un contenido específico, sólo son hechos aislados que de manera concreta inducen una descalificación y de manera *a priori* se hacen condenas generalizadas.

Esta violencia es característica de nuestros tiempos, en ella se engloba todo tipo de conflictos de la vida común y cotidiana, desde una confrontación verbal entre automovilistas, hasta un homicidio o una disputa familiar o de pareja, un conflicto entre integrantes de partidos políticos opuestos, un altercado entre estudiantes, etcétera. Todos estos comportamientos y acciones violentas, sin duda son el resultado de nuestra realidad social, una realidad llena de claroscuros, con normas débiles y una profunda desconfianza a todos y a todo, hacen mostrar al sujeto en su expresión más horrorosa y sublime de lo humano. En este sentido lo que me propongo en estas líneas es analizar la relación entre violencia, miedo y salud. Para ello he organizado mis juicios en tres planos: en el primero planteo el papel de la maldad y su relación con las acciones de violencia, particularmente para subrayar el horror y la desazón respecto de aquellos comportamientos violentos expuestos mediante imágenes que producen no sólo heridas físicas, sino sociales al devastar los valores morales de una sociedad; en un segundo plano abordo la relación violencia y miedo, donde mi intención es subrayar el papel que el miedo asume en tanto rol dominante de la vida social como resultado de conductas delictivas que son difundidas y fomentadas por los medios de comunicación que extienden y generalizan un imaginario de terror y miedo; finalmente intentaré bordar estos dos primeros apartados en una reflexión final, que me ayude a mostrar cómo la violencia y el miedo contribuyen a la formación de un estado deteriorado de salud de cientos y miles de mexicanos, cuya condición de miedo les produce angustia, estrés y otros problemas de salud que se vuelven un referente multicausal de enfermedades.

## MALDAD Y VIOLENCIA

La violencia de la que hoy somos testigos, nos ha inducido a la maldad y a la pérdida del sentido de lo humano, y junto con ello, ha sido promotora de una nueva condición de relaciones cara a cara. En este sentido, la tradición del mal podía ser referida tanto a un desastre como a la violencia o al desam-

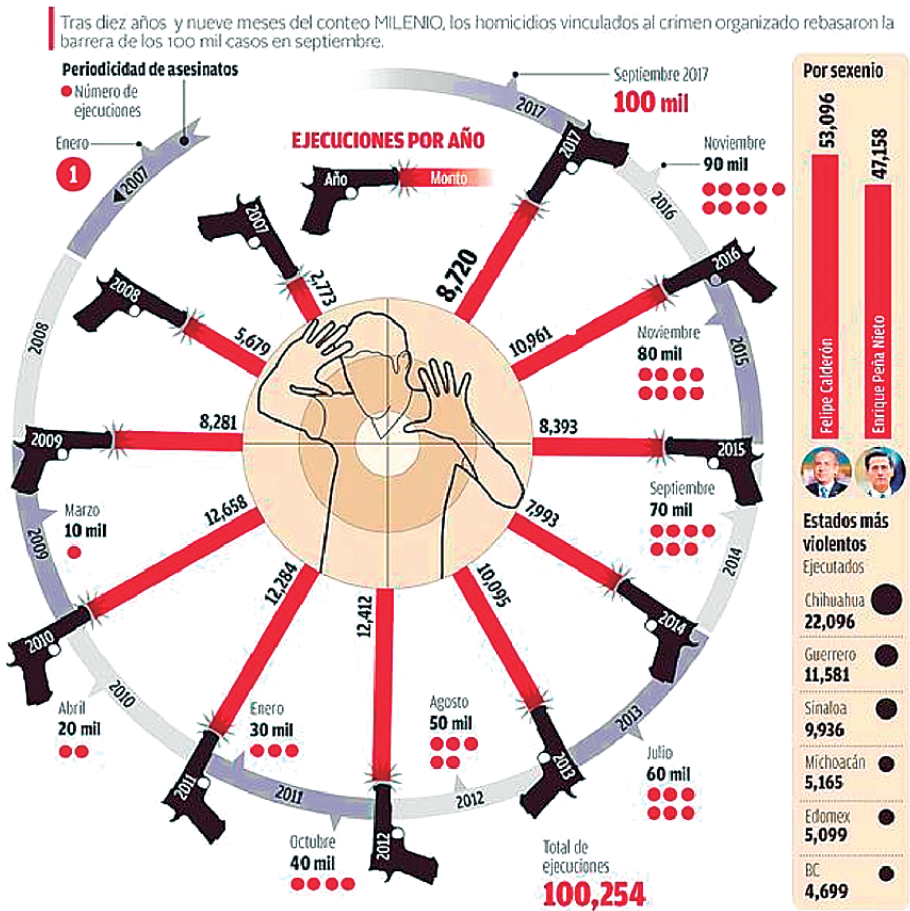
paro humano; una catástrofe, un terremoto, un genocidio o una guerra. Es decir que la idea del mal se ubica cada vez más en el sueño de la razón y en la expresión de sus monstruos, de ahí que quizás tanto las catástrofes naturales como la violencia específica de nuestros tiempos sean ambos, engendros de esos monstruos. Pero, ¿qué es el mal? Según Jean Pierre Dupuy, no es solamente una categoría moral propia del juicio normativo, es un poder causal, irreductible a la lógica del interés, que bajo la forma del resentimiento, la envidia, los celos y el odio destructor, adquiere un poder considerable y demoledor de todo lo que está por su paso, capaz de mantener a los hombres a distancia unos de otros (Robert, 2011:24).

Esta idea del mal nos resulta imposible disociarla de nuestra violenta realidad, por ejemplo, nuestro país en retiradas acciones ha sido señalado como uno de los más violentos, su estigma lo hemos forjado con cadáver y sangre en las calles como resultado de confrontaciones entre grupos de narcotraficantes, y las fallidas estrategias gubernamentales para contener el crimen organizado. Nadie imaginaria que el año 2000 no sólo traería consigo un cambio en la dirección de gobierno, también nos dejaría un saldo incalculable de homicidios, víctimas, desapariciones y una creciente ola de criminalidad, que como un cáncer se expandiría por toda la República mexicana. Tras una década de violencia se han registrado 100 254 ejecuciones, ello implica que por día se registran en promedio 23 homicidios, donde las víctimas lo mismo son menores que adultos, jóvenes, mujeres, estudiantes, servidores públicos, militares, policías, migrantes, periodistas, sacerdotes o maestros (López, 2017:22).

El corolario de esta violencia homicida no es lo alarmante de sus registros, sino la crueldad de sus expresiones entre adversarios, donde la intención no sólo es la amenaza, sino la destrucción del otro, la exposición de los cuerpos desmembrados, cercenados y desollados. Su propósito es interrumpir la muerte, para prolongarla socialmente mediante el borramiento del cuerpo, de la identidad de lo humano. Esta práctica de violencia extrema se convirtió en la última década en una acción común de venganza, de castigo, de mensajes primitivos diferidos en una reciprocidad directa del mal; la violencia extrema que no sólo destruye los cuerpos, también destruye lentamente el tejido social, lo lacera, lo diluye lentamente con resentimientos, miedos, desesperanzas e injusticias. Como dice Dupuy, el resentimiento es la forma última del mal, tal cual como lo vio Kan cuando decía que es precisamente lo que queda cuando ya nada, ni ningún interés por el mundo se interpone más entre los sujetos, impidiéndoles caer los unos sobre los otros (Robert, 2011:29).

La violencia mostrada en esas imágenes terroríficas, de cuerpos devastados, sigue siendo oscura y repugnante, es una violencia que *vemos* y perci-

IMAGEN 1  
NARCOVIOLENCIA EN MÉXICO  
(VÍCTIMAS POR AÑO)



FUENTE: <[http://www.milenio.com/policia/narcoviolencia-rebasacion\\_mil-100\\_mil-ejecutados-recuento-lucha-anticrimenmilenio\\_0\\_1033096696.html](http://www.milenio.com/policia/narcoviolencia-rebasacion_mil-100_mil-ejecutados-recuento-lucha-anticrimenmilenio_0_1033096696.html)>.

bimos visualmente e intentamos comprender desde un vacío semántico, cuyo lenguaje y discurso: nos dice y explica los avatares de estos tiempos vertiginosos. Entonces interpreta la imagen como *narrativa visual, real o ficticia*, es palabra no hablada, es discurso, es comunicación, es una representación del mal que se fija como una huella indeleble de aquello que aparece como realidad aprehendida por una expectación, por un instante de extraña contemplación, cuya experiencia se identifica con lo abyecto, lo repugnante, lo perturbado, lo malvado (Ovalle, 2010:105).

Por lo tanto, podríamos decir que en este mundo el mal es la ausencia de felicidad, de virtud, de salud, de proporción y de armonía, o sea el *hybris*,<sup>1</sup> que se convierte en insolencia, orgullo desmedido, egoísmo, violencia y pérdida de los límites que definen la condición humana, así como un gran desprecio por todo aquel interés que florece dentro de esos límites (Robert, 2011:29).

Esta condición de maldad no hace más que reflejar la condición de violencia de nuestro sistema social, un sistema que se pervierte al mismo tiempo que degrada a los sujetos, los vuelve intolerantes y los hunde en una crisis de identidad. Es una suerte de paradoja en tanto que por un lado, la violencia es el resultado del abandono de los valores sociales y referentes estructurales y, por el otro, nos afirmamos como sujetos sociales sólo mediante prácticas de repliegue individualistas que traen consigo la violencia como única estrategia de socialización, como un plan cotidiano de humano donde lo evidente es que no somos iguales, quienes son más fuertes se aprovechan de los débiles y así siempre gana el más astuto, el más fuerte, el más hábil, el más malvado, y la víctima es siempre la ley, el débil, el ignorante, el que no tiene capital social, el excluido, este es sin duda un principio en toda sociedad. De ahí que la Escuela de Frankfurt atinó en concebir la monstruosidad del mal como un exceso de la razón; mientras Goya subrayó que el sueño de la razón produce monstruos porque la razón fue puesta no sólo al servicio de la muerte, en nuestra vida ordinaria. También la violencia, la intolerancia y la tecnología se incorporaron para hacernos olvidar que tanto las víctimas como los victimarios tienen rostro humano y no son sólo cosas. Esta ausencia de compasión y benevolencia es la anulación de cualquier sentimiento moral, es pues la falta de humanidad, o mejor dicho aquello que habitualmente reconocemos como maldad. Y ésta no consiste en algo abstracto, la maldad se encarna en un sinnúmero de acciones concretas que denigran paulatinamente a nuestro mundo, de ahí que el hombre es capaz de ingeniar armas y desarrollar dispositivos tecnológicos para crear herramientas de violencia y muerte, donde víctimas y victimarios se reducen a una cosa (López, 2011:51).

La maldad y la violencia producen una reacción inmediata de repulsión y miedo que producen cambios en los hábitos de la vida cotidiana, pero todo cambio requiere de un contexto suficiente que garantice justamente lo nuevo, estrategias o dispositivos que sostengan esta modificación, es decir, se requiere de un contexto capaz de dar seguridad colectiva; sin embargo, esta seguridad siempre está desestabilizada por nuevas formas originales y novedosas de violencia cotidiana que se focaliza en un gran depósito, que

<sup>1</sup> Concepto griego que significa desmesura.



frustra toda condición de estabilidad, reconocimiento social y desarrollo de los sujetos.

La maldad es un problema complejo, que tiene repercusiones importantes en los sujetos, repercusiones que no se ven a simple vista porque se expresan de manera invisible en forma de sufrimiento, angustia, dolor y desesperación que amenaza no sólo a unos cuantos, hoy por desgracia amenaza a miles y millones de seres humanos que habitan en las grandes ciudades y en sus zonas rurales. La violencia y el deterioro de lo humano, por desgracia, es una constante.

## VIOLENCIA Y MIEDO

Nadie puede hoy negar que vivimos en una sociedad muy violenta, las estadísticas, los discursos políticos y el tratamiento mediático de las noticias nos producen emociones y sentimientos encontrados, tanto que los registros de percepción de la inseguridad no dejan de crecer y producir un obsesionado miedo en la población. Así lo demuestra la Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana del INEGI, donde se subraya que el 74.9 por ciento de los mexicanos considera que vive en un lugar inseguro, 81.3 por ciento de los encuestados afirmó que tiene miedo de ser víctima de algún delito o violencia en la calle, 73.1 en el transporte público, 68.1 en los bancos, 60.1 en el mercado o tianguis, 58.0 en las carreteras, 53.8 en los parques recreativos, 43.5 en los trayectos dentro de su automóvil, 43.1 en centros comerciales, 38.7 en su trabajo, 29.9 en su casa y 25.6 en su escuela (INEGI, 2017).

La sensación de inseguridad se acrecentó junto con la obsesión del miedo, y es motivada por los índices de violencia que hoy se viven en las principales ciudades de la República mexicana. Las estadísticas no mienten, sobre todo la violencia homicida, pero también está presente una violencia que es el resultado de los efectos perversos de la percepción de inseguridad, fundada en amenazas y actos reales que se muestran en acciones en las que se encuentra implicados diversos sujetos, actividades y territorios; estas acciones son las que inspiran un imaginario alimentado por imágenes que cotidianamente observamos en nuestros trayectos rutinarios y se afirman mediante relatos de experiencia desagradables con la delincuencia común, la corrupción y el falso discurso de nuestros gobernantes.

Hablamos de una violencia escalada desde la declaración de una guerra a los grupos de narcotraficantes, una guerra fallida, cuyas estrategias no han dado resultados. Esta imagen no sólo alimenta estos imaginarios de violencia como resultado de las cifras de muertos en esta lucha, también hace

que el miedo habite nuestras prácticas cotidianas como resultado de las tortuosas y siniestras estadísticas que no sólo nos producen miedo y muestran nuestra fragilidad y vulnerabilidad como ciudadanos, nos muestran también el nivel de nuestra seguridad y el riesgo para ser víctima; no sólo de un homicidio, también de un robo, un secuestro, una extorsión o una violación. Pero, ¿cuáles son los actos delictivos más comunes hoy en nuestro país? ¿Quiénes son las principales víctimas? ¿Cuáles son los efectos de esta violencia delictiva en la vida social? ¿Cuál es la fuente de esta inseguridad? ¿Por qué no se frena la delincuencia? Al respecto podemos decir que, según datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, de enero a septiembre de 2017 se registraron 18 505 homicidios dolosos, los secuestros sumaron 1 117, mientras que las extorsiones fueron 4 315, el robo de vehículos con violencia sumaron 138 755.

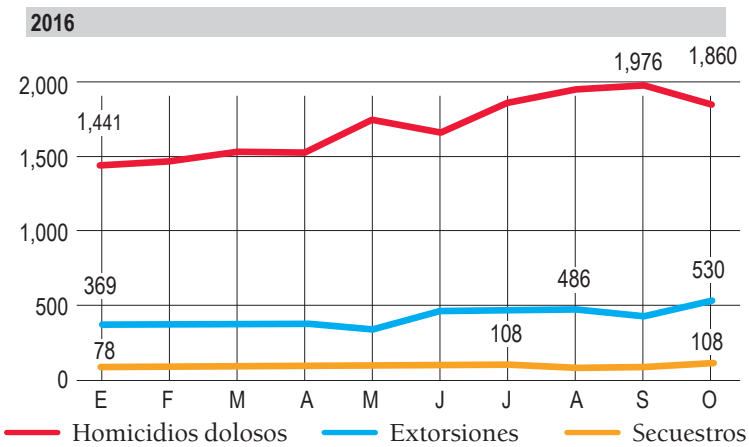
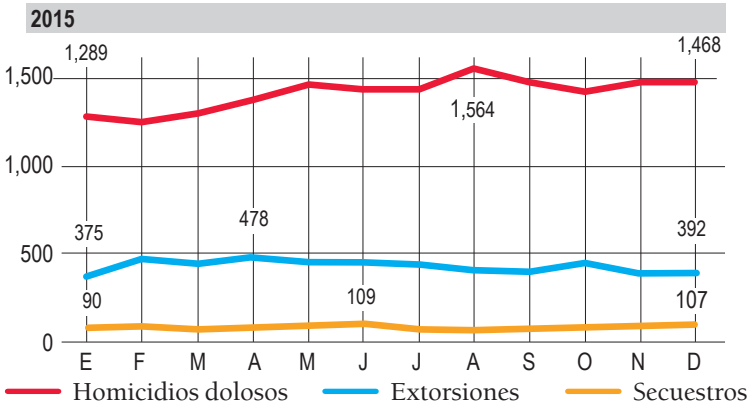
Un miedo que se alimenta por la incertidumbre y dibuja día con día el símbolo de la muerte en nuestra práctica, hablamos de un miedo trazado por las sombras de la muerte, que se anida en los territorios de la inseguridad, la desconfianza y la corrupción; todas ellas como resultado de una lectura que señala las fallas de nuestras instituciones, incapaces de darnos una señal de aprendizaje de confianza y justicia social.

Esta desconfianza no sólo se construye sobre el imaginario transmitido y reinterpretado por los ciudadanos que han vivido experiencias directas con la violencia, también se refuerza por la cada vez más amplia franja de accesos restringidos en la ciudad, por el desmoronamiento de valores sociales, por la creciente desigualdad social, por la falta de planeación y organización para habitar y usar las ciudades, por el desmantelamiento de la familia como institución cohesionadora de la sociedad, por el fracaso y abandono escolar, el desempleo, la falta de acceso a salud y a una vida digna, así como la formación de zonas impenetrables por las autoridades en algunos barrios, colonias o pueblos, todos factores alimentados por el individualismo exacerbado. De ahí que la violencia no es el resultado de hechos aislados, es más bien un problema de tipo transversal que cruza una multitud de campos sociales, condiciones y actores, todos ellos asechados potencialmente por un peligro, que impone temor y miedo.

Visto el miedo desde esta perspectiva —como sentimiento personal— podemos subrayar que se contagia muy fácilmente y puede afectar a amplias poblaciones que pueden ser susceptibles de ser dominadas y subyugadas, sobre todo cuando el miedo se colectiviza y aun cuando éste sea negado, disfrazado, reprimido, desplazado o proyectado, termina instalándose más fácilmente en aquella sociedad individualista. Por esta razón, el miedo aparece cuando algo o alguien nos amenaza con hacernos daño o destruirnos, ese miedo nos inhibe, nos paraliza, nos deja mudos (González, 2007:16).

IMAGEN 2  
CIFRA MENSUAL DE DELITOS

A pesar de que los homicidios dolosos disminuyeron en octubre, en lo que va del año se han cometido más asesinatos que en los 12 meses de 2015



FUENTE: <[http://www.milenio.com/policia/homicidios\\_dolosos-este\\_anosnp-denuncias-inseguridad-fuerzas\\_federalesmilenio\\_0\\_851314883.html](http://www.milenio.com/policia/homicidios_dolosos-este_anosnp-denuncias-inseguridad-fuerzas_federalesmilenio_0_851314883.html)>.

Los sucesos de violencia tienen un impacto social que va mucho más allá de los daños reales a las víctimas, en tanto que producen una victimización binaria en la sociedad. La sociedad se siente víctima en su conjunto por las muertes violentas, la pérdida de sujetos duele, pero a la vez, se siente amenazada, pero de igual manera, a la vez, que es víctima, potencialmente es victimaria. En este sentido, la muerte que se vive en el otro pudiera ser su propia muerte, de suerte tal que la violencia —bajo esta condición— crea una empatía notable en las personas, gracias al miedo que se propaga con gran facilidad, algo así como a la fuerza de un virus raro, sólo que en este caso el enemigo tiene rostro humano.

Así la violencia real es reconstruida en el proceso de comunicación y mediante éste se trasmite a otras personas, aun cuando lo que se cuentan los sujetos o informan los medios de comunicación tiene un vínculo tan cercano como precario con lo real; en tanto que la reconstrucción de lo real y su impacto se relaciona con el modo como las personas producen y consumen la información, con sus temores, con lo que ellos esperaban de la realidad y que pudo ocurrir o no. Un mismo hecho (un asesinato, secuestro, robo o violación) tiene un impacto muy distinto en una sociedad acostumbrada a recibir este tipo de noticias o en otro donde ocurre eventualmente. La diferencia no está en el hecho sino en la sociedad. En el primer caso ni siquiera sería “noticia”, en el sentido periodístico; en el segundo pudiera constituirse en el más importante titular de primera página durante varios días, e incluso desplegar toda la maquinaria del Estado para buscar al culpable (Briseño, 2005:3).

Las noticias construyen los sentimientos de temor y las opiniones que una sociedad tiene de ellos, pero la sociedad también modula las noticias. Por lo tanto, lo que sucede con la información es que en un mundo cada vez más globalizado, más compartido e hiperinformado, las noticias se difunden más allá de las sociedades, ciudades o zonas donde ocurren, y por lo tanto tienen un impacto que se corresponde a lecturas distintas, dependiendo de la cultura y las condiciones sociales, económicas y políticas de la zona donde ocurrieron los hechos. El miedo entonces se constituye en un elemento fundamental del ánimo humano y en uno de los componentes de cualquier forma de asociación, es pues imposible de eliminar de la dinámica social que el hombre vive, unas veces interiorizando y otras creando nuevas instituciones defensivas; instituciones que impulsan la historia de la civilización y que aparecen desde la raíz misma de la existencia con diferente intensidad emocional y relación con la violencia. Así, miedo, violencia y cultura se constituyen en una dimensión de emociones y razones que determinan el equilibrio psíquico y social de los hombres (Mongardini, 2007:12).

En consecuencia, la difusión mediática de las acciones delictivas y su constante registro producen temor, angustia y una especie de inversiones de la realidad; en tanto que cada acontecimiento desencadena reiterados comentarios que se anidan en la memoria colectiva, particularmente aquellos episodios sangrientos o acciones donde se involucran a menores, ancianos o sacerdotes. Estos acontecimientos no sólo producen miedo, también han generado una demanda de protección policial y militar en nuestra sociedad, pero correlativamente esta demanda en muchos casos neutralizó la justicia y provocó abusos constantes y violaciones de derechos humanos, con lo que se acrecentó el sentimiento de temor y la amenaza real se hizo difusa; en tanto que el enemigo ya no sólo son los integrantes de las bandas organizadas de narcotraficantes que roban, matan, secuestran y extorsionan, ahora estas prácticas se implican con servidores públicos al servicio de estos grupos o bien que operan de manera autónoma. Ambos temores se sostienen en cuanto menos *dos tipos de violencia* perfectamente identificados por los ciudadanos:

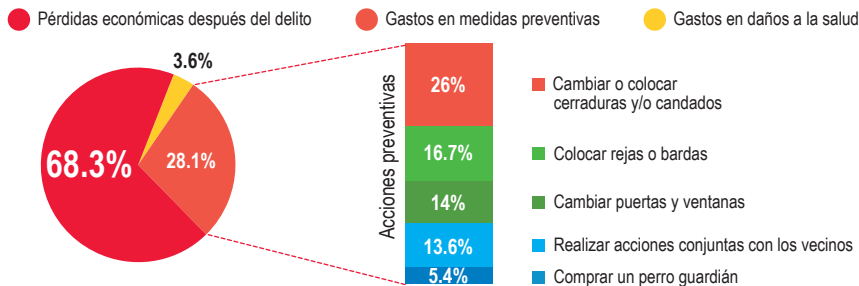
1) La que resulta de la delincuencia callejera como resultado de un robo, una confrontación o un intento de extorsión. Esta violencia es mucho más destructiva, en tanto que es inmediata y vívida cotidianamente por los ciudadanos, no sólo se ha convertido en un gran negocio cuyas ganancias son el resultado de un miedo fundado en la inseguridad. Esta violencia es más visible, como lo demuestra la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE), la cual señala que en uno de cada tres hogares de nuestro país hay al menos una víctima de esta violencia delictiva. Esto implica —según datos de la (ENVIPE)— que en México en el año de 2014 se cometieron 33.7 millones de delitos asociados a 22.8 millones de víctimas, lo que representa una tasa de 1.5 delitos por afectado; de este volumen de delitos no se abrió carpeta de investigación, la llamada cifra negra, al 92.8 por ciento a escala nacional, es decir que sólo uno de cada diez delitos se investiga en México (Franco, 2015). Es importante subrayar que en esta primera distinción de violencia no aparecen los crímenes por violencia doméstica, ni aquellos que producen un profundo dolor y sufrimiento como resultado de una muerte imprudencial, me refiero a los llamados accidentes automovilísticos, cuya cifra es tan numerosa y alarmante como la de los homicidios.

2) El otro tipo de violencia delictiva es mucho menos visible pero de un gran impacto en el imaginario social, me refiero a los delitos que son el resultado de grupos más profesionales que se dedican al secuestro, la trata de personas, el tráfico de órganos y la extorsión, delitos que por su naturaleza social son atendidos por instancias de orden federal.

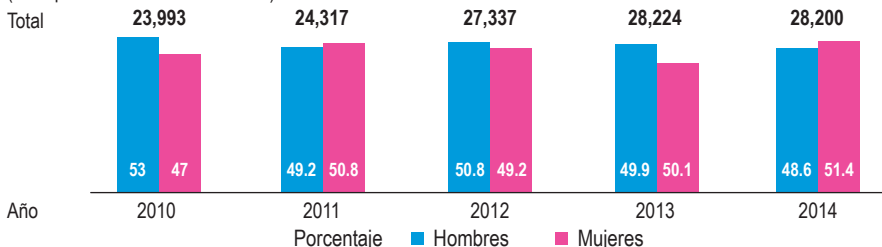
IMAGEN 3  
ÍNDICES DELICTIVOS

► Según el Inegi, las principales medidas preventivas contra la delincuencia que adoptó la población mexicana en 2014 fueron los cambios de cerraduras, rejas y puertas.

**Costos del delito**

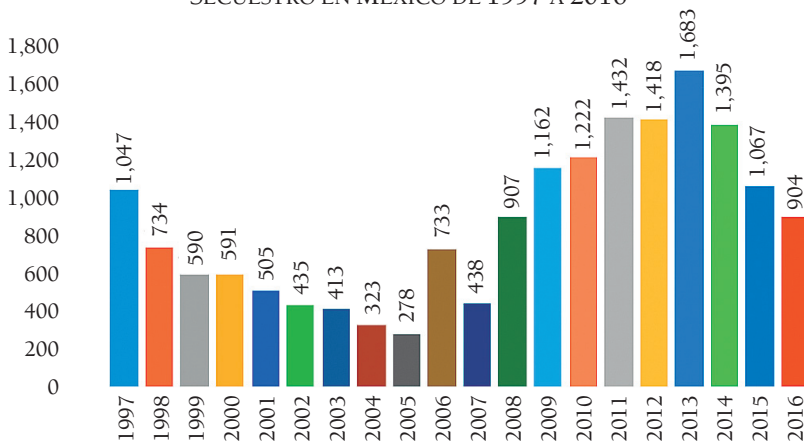


**Víctimas de la delincuencia**  
(Tasa por cada 100 mil habitantes)



FUENTE: <[http://www.milenio.com/policia/Inegi-victima-algun-delito-encuesta-Envipe-corrupcionpolicia-delincuencia\\_0\\_601739869.html](http://www.milenio.com/policia/Inegi-victima-algun-delito-encuesta-Envipe-corrupcionpolicia-delincuencia_0_601739869.html)>.

IMAGEN 4  
SECUESTRO EN MÉXICO DE 1997 A 2016



FUENTE: cifras del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, 2017.

Cada mañana, los medios de comunicación nos armonizan el desayuno con cifras de robos, asesinatos, secuestros. Todos estos delitos forman una compleja mezcla de violencia que refuerzan en los ciudadanos sentimientos de indefensión, angustia, miedo y peligro; en realidad son noticias e imágenes que representan nuestro estado de vulnerabilidad y muerte, que crean una sensación de miedo y dolor que se acumulan en miles de experiencias narradas cotidianamente por sujetos que las viven, y en cada narración de violencia se produce una crisis en todos los órdenes: emocional, social, económica y psíquica.

### SALUD, VIOLENCIA Y MIEDO

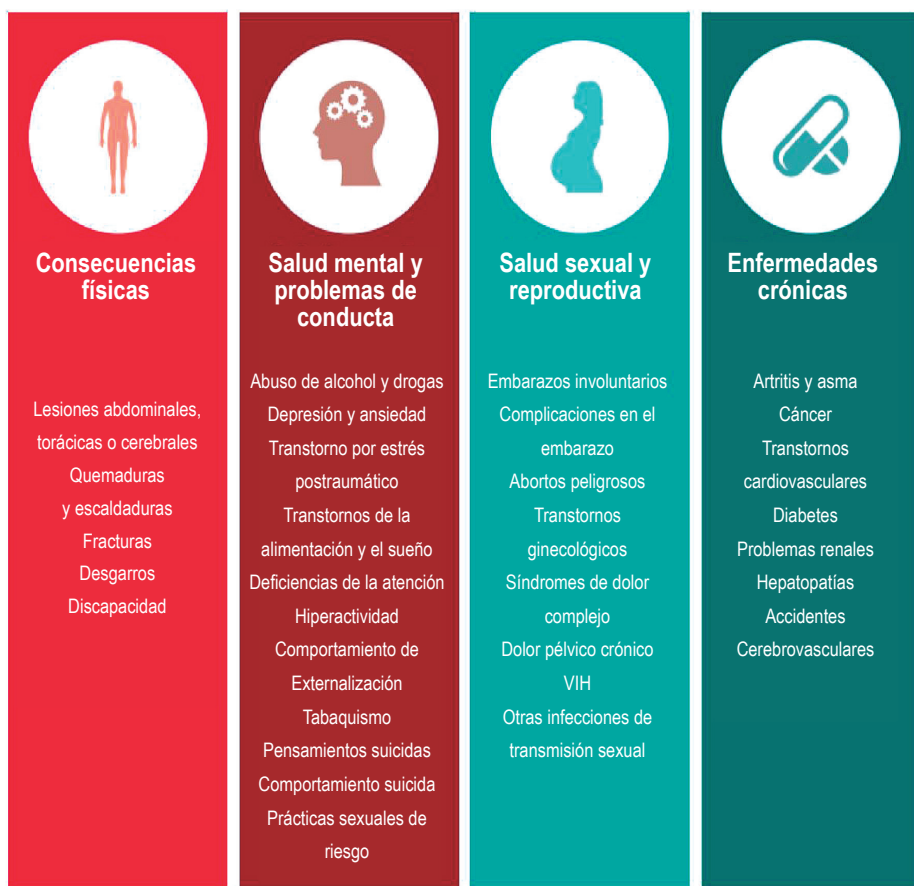
Entender la complejidad y el impacto que trae consigo la violencia en la salud de los mexicanos no es fácil por dos razones: primero por el entendido de salud, el cual según la OMS, “La salud es un estado de completo bienestar físico, mental y también social, no solamente la ausencia de enfermedad o dolencia” (Cantú, 1998:16). Segundo, porque el entendido de bienestar físico hoy está sujeto a muchas acepciones, lo que para una sociedad es bienestar no necesariamente para otra significa lo mismo, en tanto que el contexto social, cultural, económico y político varía de sociedad en sociedad. Sin embargo, el tema de la violencia —a diferencia del tema de salud— es por decirlo así un entendido más general que se asocia específicamente a una preocupación mayor, los homicidios.

La importancia de esta relación entre violencia y salud se apoya en el panorama general de la violencia mundial, el cual señala que más de 1.6 millones de personas en todo el mundo pierden la vida violentamente, y particularmente cuando ésta cifran a una población cuya edad oscila entre 15 y 44 años, de los cuales 14% son hombres y 7% mujeres. Además, las causas colaterales de esta violencia no sólo es el dolor y la pérdida material, también resulta en una gran cantidad de problemas económicos, culturales, físicos, mentales, sexuales y reproductivos.

La violencia expuesta, observada y vivida produce condiciones que afectan la salud, sobre todo cuando vivimos emociones como el miedo y sentimientos como la angustia, la ira, el enojo y el odio que no podemos canalizarlas adecuadamente, terminamos somatizándolas en diferentes y variadas manifestaciones. Así, la violencia se nutre del miedo y el miedo crece como una enfermedad que deteriora y perturba la naturaleza de lo humano, la violencia cruel castiga y denigra al propio hombre, lo destruye y lo hace víctima de su propia tragedia al impulsarlo hacia el odio y la aniquilación.

De esta manera los comportamientos violentos y el miedo producen conductas espontáneas que se anclan biológicamente en el hombre, desde el momento que su organismo aprende y se adapta a determinadas condiciones sociales. Así el entorno social hace que nuestro organismo no sólo se regule por la circunstancia de tensión y miedo, sino que experimente alteraciones y cambios psicológicos y biológicos que nos llevan al límite entre lo socialmente aprendido y lo biológicamente anclado. Esta condición de cambio es motivada por nuestro comportamiento, lo cual como hemos podido observar, tienen una correspondencia con nuestro organismo.

IMAGEN 5  
CONSECUENCIAS DE LA VIOLENCIA  
EN EL COMPORTAMIENTO Y LA SALUD



FUENTE: OMS, Informe sobre la situación mundial de la prevención de la violencia, disponible en <[http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/145089/1/WHO\\_NMH\\_NVI\\_14.2\\_spa.pdf](http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/145089/1/WHO_NMH_NVI_14.2_spa.pdf)>.



La violencia cotidiana no sólo dificulta y obstaculiza nuestras relaciones sociales, también nos orilla a vivir frustración y desesperanza y nos obliga a reaccionar violentamente: nos enojamos, insultamos, descargamos nuestra ira, odio y agresividad en nuestros vecinos, hijos, alumnos o pareja. Cualquier pretexto puede ser un detonante justificado para humillar, maltratar o negar el sentido de la vida y la importancia de la convivencia social.

La violencia y el miedo nos enferma cuando se articulan con la frustración, el enojo y la pérdida de esperanza, hemos clausurado toda posibilidad de solución pacífica de los problemas que nos acontecen, nos volvemos primitivos y agresivos porque la violencia hoy la hemos asumido como una estrategia de sobrevivencia, consideramos que es la única manera de luchar contra el enojo, la apatía y el sin sentido.

De ahí que las sensaciones, percepciones, nostalgias, ansiedad y miedo contribuyan directamente en nuestros comportamiento violentos, además estas emociones sociales tienen su origen en el sistema dopaminérgico. De esta manera, los miedos que son comandados por las emociones sociales producen un estímulo de tensión-peligro, de suerte tal que el sujeto si no ataca, su respuesta natural es huir. Así, el flujo sanguíneo se redistribuye no en las manos o el rostro, sino a través de la musculatura esquelética de las piernas para poder adoptar una postura firme y extendida propicia para huir de un ataque, producto del pánico y de la ansiedad que causan la secreción de ciertos neurotransmisores y neurohormonas como la dopamina, la adrenalina y la noradrenalina. Este sistema —al igual que el sistema de ira— tiene ventajas y desventajas evolutivas, en unos casos nos sirve para escapar o controlar situaciones de violencia y peligro. En otros casos produce aumento de ritmo cardíaco y respiración menos profunda debido a la alteración del sistema nervioso. Situaciones como estas, al ser reiterativas, causan problemas relacionados con la salud física y mental (Jiménez, 2011:101).

Pero más allá de los efectos que trae consigo en nuestra salud, los comportamientos violentos y la violencia misma la reproducimos, la enseñamos y la socializamos en nuestros actos, en nuestra convivencia, la hemos vuelto una pedagogía que inunda y estimula su aprendizaje ante nuestra incapacidad para buscar soluciones no violentas que nos alejen de la depresión, de los trastornos de ansiedad, alimentación, baja autoestima y adicciones. Todos somos responsable de lo que hoy vivimos porque el problema de la violencia no es un problema de unos cuantos es un problema de todos: padres de familia, servidores públicos, pedagogos, médicos, abogados, sacerdotes y maestros, todos hemos contribuido a vivir en un mundo de violencia.

Aun cuando me queda claro que uno de factores promotores de esta violencia y de este miedo desmedido no está en las catástrofes naturales, sino en la catástrofe de injusticia social; ésta es el verdadero promotor del quie-

bre humano, en tanto que cuando la justicia social es precaria o inexistente y los hombre se sienten desprotegidos, devastados y abandonados, la violencia se adhiere a los márgenes de la cotidianidad, aun cuando la violencia como dispositivo de socialidad, está anclada a la naturaleza humana, y siempre tiene posibilidades de encontrar un límite, aun cuando se presente de manera difusa.

La violencia no es sólo proteica. Su forma de aparición varía según la constelación social. En la actualidad muta de visible a invisible, de frontal a viral, de directa en mediada, de real a virtual, de física en psíquica, de negativa en positiva, y se retira a espacios subcutáneos, subcomunicativos, capilares y neuronales, de manera que puede dar la impresión de que ha desaparecido. Hoy en día la violencia material deja lugar a una violencia anónima, desubjetividad y sistémica, que se oculta como tal porque coincide con la propia sociedad (Chul Han, 2013:4).

La violencia que hoy vivimos no es privativa de nuestro país, es el reflejo de una condición mundial donde el conflicto social motiva conductas y comportamientos, donde no sólo somos espectadores, somos en muchos casos partícipes, ya sea por omisión o por decisión, pero finalmente contribuimos a realizar acciones denigrantes e indignantes de la naturaleza humana. Hoy el individualismo se alimenta de la violencia, el odio, la indiferencia, la hipocresía, la deshonestidad, la descalificación, el egoísmo y el miedo al otro, al diferente. Todos ellos, sentimientos dinamizadores de nuestra violenta cultura que evocamos y replicamos en nuestras relaciones sociales.

De ahí que la sociedad evita cada vez más la negatividad del otro, del extraño, del extranjero. El proceso de globalización ha acelerado la desaparición de las fronteras y las diferencia. La supresión de la negatividad no se puede equiparar con la desaparición de la violencia, pues junto a la violencia de la negatividad existe también la violencia de la positividad que se ejerce sin necesidad de enemigos ni dominación. No sólo el exceso de negatividad es violencia, sino también el exceso de positividad, la masificación de lo positivo que se manifiesta como sobrecapacidad, sobreproducción, sobre comunicación, hipertensión e hiperactividad. La violencia de la positividad probablemente sea mucho más funesta que la violencia de la negatividad, pues carece de visibilidad y publicidad, y su positividad hace que se quede sin defensas inmunológicas (Chul Han, 2013:4).

#### A MANERA DE COROLARIO

La violencia social siempre ha sido un fenómeno propio de la civilización humana, nos ha acompañado como una herencia maldita, como lo señala

aquel pasaje bíblico donde Caín, sintiéndose postergado por Dios en su primogenitura a favor de su hermano menor Abel, lo asesinó. Cuando Dios lo supo lo anatematizó y lo castigó: “Maldito seas, lejos de este suelo que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Aunque labres el suelo, no te dará más su fruto. Vagabundo y errante serás en la Tierra”. Caín se marchó lejos de Dios, pero no se convirtió en un fugitivo errante, sino que se estableció al este del Edén, construyó ciudades, se casó y tuvo una numerosa descendencia. Al cabo del tiempo, la raza maldita de Caín se extendió de tal manera que llegó a corromper a los Hijos de Dios, los descendientes de Set, el tercer hijo de Adán y Eva, que se casaron con las hijas de los hombres descendientes de Caín. Hubo un consenso general de pecar, de hundirse en el crimen y la violencia, del tal modo que el Eterno se arrepintió de haber creado al Hombre y resolvió acabar con la raza humana por medio de una destrucción general: fue el Diluvio Universal (González, 2007:12).

Así la violencia se ha constituido en uno de los fenómenos propios de la vida colectiva y cotidiana de los hombres en el mundo entero, sus expresiones y condiciones abarcan todas las dimensiones posibles, y ha puesto a su servicio no sólo las herramientas y tecnología desarrollada por el hombre, también ha quebrado su conciencia, su moral y su voluntad. La violencia nos ha amurallado, nos controla, nos divide y nos cohesiona cuando así lo ha requerido, tiene muchas caras. No es buena ni mala, todo está en la intensidad de su uso, en su experiencia y en las conductas que desarrollamos en su favor o en su contra.

La violencia nos permite captar diferentes experiencias desde muy temprana edad, y con ello nos extiende la oportunidad de utilizar su aprendizaje para limitarla o potenciarla desde sus diferentes significados a favor de un desarrollo humano equilibrado, que dé sentido a la vida de lo humano. Sin embargo, esta violencia cotidiana se encuentra impregnada de una significación que traen consigo las imágenes de crueldad que se difunden cotidianamente, es una simbología de sangre que opera como insignia de un poder visible, que se muestra sin ningún pudor y desmesura, son imágenes de violencia masiva que muestra la decapitación de cuerpos, es lo que imperan en la sociedad de la soberanía, son imágenes que reconstruyen la idea que uno tiene de sociedad y dan lugar a una deformación sucesiva y subcutánea que transforma al sujeto en un ser vulnerable pero más violento, con una sed de venganza destructiva, por eso la violencia se convierte en un acto que recae sobre la persona. De esta manera los conflictos originarios con el otro quedan interiorizados y transformados en un comportamiento conflictivo y violento con uno mismo, que llevan al desprecio del yo, a la auto agresividad y a la enfermedad depresiva del sujeto. Por lo tanto, el imperativo

de transformación y reinención de la persona es la otra cara de la depresión, se trata de un ofrecimiento ligado al cambio de una identidad dinamizada, al fortalecimientos del valor de lo colectivo, de la unidad personal, y de un dominio moral no binario, de tal suerte que sea fuerte y decisivo para producir grupalidad y oposición política (Chul Han, 2013:18-23).

Ver la realidad social así e intentar construir una idea que dé sentido y certidumbre a las prácticas sociales es sumamente difícil y complicado, sobre todo porque la pérdida del sentido de la vida social no sólo está en el detrimento de una normalidad cotidiana. Como lo decía Durkheim, es producto de un conjunto de creencias, prácticas y costumbres que se comparten de manera voluntaria y como un acuerdo común, eso es lo que da fortaleza a un Estado, a sus leyes, creencias y conciencia colectiva. Pero cuando sus leyes y el uso de la violencia en su aplicación o la ausencia de éstas chocan con las creencias y las expectativas de la colectividad, su funcionamiento es perturbador y la normalidad cotidiana se deforma en violencia colectiva.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Briseño León, Roberto (2005), *Amenazas Reales y Temores Imaginarios. Los medios de comunicación y la construcción social del miedo*, Flacso, Caracas, Venezuela, disponible en <[http://www.flacsoandes.edu.ec/web/images/FTP/1219155775.Amenazas\\_reales\\_y\\_temores\\_imaginarios\\_por\\_Roberto\\_Briceno\\_Leon.pdf](http://www.flacsoandes.edu.ec/web/images/FTP/1219155775.Amenazas_reales_y_temores_imaginarios_por_Roberto_Briceno_Leon.pdf)>.
- Cantu, A. (1998), *Necesidades esenciales en México, Salud*, México, Siglo XXI Editores.
- Chul Han Byung (2013), *Topología de la violencia*, Titivillus, disponible en <[http://assets.espapdf.com/b/Byung-Chul%20Han/Topologia%20de%20la%20violencia%20\(7524\)/Topologia%20de%20la%20violencia%20-%20Byung-Chul%20Han.pdf](http://assets.espapdf.com/b/Byung-Chul%20Han/Topologia%20de%20la%20violencia%20(7524)/Topologia%20de%20la%20violencia%20-%20Byung-Chul%20Han.pdf)>.
- Franco, Yanira (2015), “Uno de cada cinco, víctimas de algún delito, INEGI”, *Diario Milenio*, Sección MP, México, 1 de octubre.
- González Duro, Enrique (2007), *Biografía del miedo. Temores en la sociedad contemporánea*, Barcelona, España, Debate.
- Hernández, Mariana (2016), “En este año van más homicidios que en todo 2015”, *Diario Milenio*, Sección MP, México, 20 de noviembre.
- INEGI (2017), “Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana, Cifras correspondiente a junio de 2017”, México, disponible en <[http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/boletines/2017/ensu/ensu2017\\_07.pdf](http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/boletines/2017/ensu/ensu2017_07.pdf)>.

- Jiménez, Carlos y Jaime Robledo (2011), *La neuropedagogía y los comportamientos violentos. Nuevos hallazgos de la neurociencia*, Bogotá, Colombia, Magisterio Editorial.
- López, Rafael y Mariana Hernández (2017), “Narcoviencia rebasa los 100 mil ejecutados”, *Diario Milenio*, Sección MP, México, 19 de septiembre.
- López Farjeat, Luis Xavier (2011), “Las paradojas del mal absoluto”, en *Conspiratio*, núm. 14, México.
- Mongardini, Carlos (2007), *Miedo y sociedad*, Madrid, Alianza Editores.
- OMS (2014), *Informe sobre la situación mundial de la prevención de la violencia*, WHO, Washington, DC, disponible en <[https://oig.cepal.org/sites/default/files/informe\\_sobre\\_la\\_situacion\\_mundial\\_de\\_la\\_prevenccion\\_de\\_la\\_violencia.pdf](https://oig.cepal.org/sites/default/files/informe_sobre_la_situacion_mundial_de_la_prevenccion_de_la_violencia.pdf)>.
- Ovalle, Lilian Paola (2010), “Imágenes abyectas e invisibilidad de las víctimas. Narrativas visuales de la violencia en México”, en *El Cotidiano*, 154 (noviembre-diciembre), pp. 103-115, México, UAM-A.
- Robert, Jean (2011), “Reciprocidad negativa, ausencia del bien e institucionalización del pecado”, *Conspiratio*, núm. 14, México.